

“RESURRECCIÓN”

A pesar de la importancia que tiene la Resurrección para la religión cristiana no existen pruebas definitivas que la justifiquen históricamente. Ninguno de los discípulos de Jesús presenció el acontecimiento. El único dato que aportan los Evangelios es la comparecencia de las Santas Mujeres cuando fueron al sepulcro a llevar los perfumes y éstas lo encontraron vacío. Se incorpora la leyenda del ángel apostado en la entrada sentado sobre una piedra que será el encargado de anunciar que el Señor había resucitado. Por supuesto los judíos no dieron crédito a la versión de la perpetuación de Cristo y simplemente justificaron el hecho como una estrategia de sus discípulos que habrían robado el cuerpo con nocturnidad y en secreto para justificar la vivificación. Por contra los cristianos defendieron la resurrección a ultranza con el mito de la guardia custodiando el Santo Sepulcro y la superstición de la tapa sellada. Víctor de los Ríos siguió de forma magistral dicha teoría plasmándola estéticamente en el paso de la Resurrección encargado por la hermandad afincada en el barrio de El Ejido. A pesar que ésta última aseveración se consideraba como una invención de los seguidores de Jesús, no es del todo cierto puesto que la tomaron del profeta Daniel cuando fue arrojado al foso de los leones, cuya puerta estaba sellada por los anillos del rey y de los sátrapas acusadores.

Los estudiosos más racionalistas del tema respetan la acusación judía de fraude pero contemplan otras dos opciones. La primera de ellas responde a que la muerte de Cristo habría sido muy similar a la de Lázaro, lo que se denomina en medicina como muerte aparente o “Scheintod”, pérdida de conocimiento en la cruz una vez que se produjo la Lanzada y recuperación del mismo en la gruta del sepulcro. La segunda teoría hace referencia a una cuestión psicológica. El milagro del florecimiento corporal solamente sería una fenómeno debido a una sugestión colectiva, un paroxismo generalizado. Las propias ganas de ver vivo a su maestro por parte de los discípulos les hicieron caer en esa hipnosis comunal, la verdadera visión de Jesús sólo habitaba en sus corazones.

Otra pregunta importante es saber por qué la Resurrección se produce al tercer día después de la muerte. El tríduo después de la muerte se explica por la aparición bíblica de Jonás que paso el mismo tiempo en el vientre de la ballena, sumado a la creencia popular que aseguraba que el alma y el cuerpo del difunto se separaban definitivamente tres días después del fallecimiento.

Uno de los momentos más delicados para sostener la teoría de la Resurrección se produjo en 1980 cuando la primera cadena de la televisión británica emitió un polémico documental en el que se aseguraba que en ese año fueron encontrados a las afueras de Jerusalén varios osarios del siglo I con los nombres de Jesús, José y María inscritos sobre piedra, lo que supondría un duro golpe para el cristianismo demostrando así que Jesucristo habría sido enterrado junto a su esposa María Magdalena y el hijo de ambos llamado Judá. Posteriormente el 31 de marzo de 1986 en un reportaje del periódico Sunday Times los periodistas Richard Woods y Rajeev Syal insistían en la misma teoría que podría tratarse del emplazamiento final de los huesos de Cristo y su familia. Durante ese mismo año la BBC emitía un documental en horario dominical de máxima audiencia sobre los osarios con las inscripciones de los nombres referidos. La presentadora del programa Joan Bakewell no dejaba de manifestar su asombro por lo encontrado y la sensacional naturaleza de lo que tenía delante de sus ojos. En la actualidad lejos de disiparse la polémica se ha avivado con la publicación del libro El Código Da Vinci donde los interrogantes y las incógnitas sobre la muerte y la supuesta resurrección de Cristo son inquietantes. En los osarios de piedra no se encontraron restos mortales debido probablemente a que a mediados del siglo I todas las tumbas de la ciudad fueron

vacías a consecuencia de medidas de purificación. No deja de ser curioso que entre millones de combinaciones que se podrían establecer entre distintos nombres todos coincidan en la genealogía de Jesús. Por supuesto que los desacuerdos entre los evangelios canónicos y los apócrifos son constantes. No concuerda el número de mujeres portadoras de perfumes, siendo el fundamento de la creencia de la Resurrección. Juan sólo habla de Magdalena, Mateo menciona a dos incorporando a María la de Cleofás, Marcos cuenta tres las dos mencionadas y María Salomé. Por último Lucas se refiere a un número indeterminado de mujeres, Juana y las demás que estaban con ellas. La misma discrepancia existe con los ángeles. En lo que si coinciden los cuatro evangelistas es que la Resurrección de Cristo es un retorno circunstancial a la vida terrenal, apariciones en Judea y Galilea antes de Ascender al cielo cuarenta días más tarde. En los apócrifos por el contrario la Resurrección se mezcla y se confunde con la Ascensión. Se realizan las dos acciones de forma súbita. Todo ello conduce a una gran turbación a la hora de la plasmación estética y la consiguiente unificación iconográfica.

Una de las fuentes donde sin duda ha servido para alimentarse el cristianismo fue Egipto. La cercanía entre este país y Palestina hacían frecuente los intercambios comerciales y culturales entre ambos. Existe la creencia de que los cuatro evangelios pudieran haber sido escritos, o al menos concebidos en Egipto, recordemos el relato de San Pedro sobre un naufragio que está copiado literalmente de un anegamiento egipcio, narración tan conocida en la época que su inspiración se reconoce en la propia “Eneida” de Virgilio, a pesar de la mención de San Pedro recordando que escribe desde Babilonia, pero no debemos de olvidar que el viejo Cairo era denominado como la Babilonia de Egipto. Lo mismo sucede con la idea de la resurrección siendo la piedra angular de toda la antigüedad recuperada insistentemente por todas las religiones. Los principios de los mesiánicos ritos se basaban en la inmortalidad teniendo como referencia clave y enseñanzas iniciáticas “el hijo de Dios muerto y resucitado” y como consecuencia la representación simbólica del fallecimiento y resurrección. Sin la perpetuación divina no podría existir la religión es por ello que en seguida formó parte de las ideas más crípticas del ordenamiento eclesiástico cristiano, al igual que sucedía con la mayoría de las ideas de los ritos dogmáticos egipcios. El mito egipcio más importante era el renacimiento bajo otra apariencia, sin duda la muerte de Osiris que reaparecía encarnado en su hijo Horus. Es muy probable que San Pablo y los seguidores de mayor convicción y confianza como el evangelista Lucas tomasen como referencia la epopeya egipcia dedicándose a la reconstrucción de la vida de Cristo con una clara conexión egipcia y sus derivaciones hacia el referido ceremonial.

No debemos de sorprendernos de la importancia que cobran a veces los textos apócrifos, en el mismo tímpano de la Colegiata de San Isidoro en la representación de la resurrección tiene cabida el texto seudobíblico de San Pablo, de lo contrario sería imposible explicar los apoyos que le suministran los dos ángeles con sus piernas para elevarse del sarcófago, en los textos sagrados se aborrecería lo cismático pues Cristo resucito y ascendió por su propio poder. Todo lo manifestado no hace más que ratificar la importancia de la Resurrección de Cristo y por consiguiente la de los muertos gracias a la *Christianus alter Christus*, credo esencial de la religión cristiana. El mismo San Agustín expresó que si se aparta la fe en la resurrección, toda la doctrina cristiana se derrumbaría.

Javier Caballero Chica

Licenciado en Filosofía y Letras

